

LA CONCIENCIA NACIONAL HA SIDO ROBADA

¿Ustedes creen que carece de significado profundo el robo sacrílego de la catedral de Oviedo? Yo soy providencialista y no me avergüenza proclamarlo. En razón de esa actitud vital, cuyo posible arracionalismo me trae sin cuidado, entiendo que el expolio del tesoro de la Cámara Santa encaja perfectamente en los signos de los tiempos, tal y como este concepto ha sido redondeado por Pablo VI. Se ha producido en el momento justo. En el instante preciso en que adquiriría máximo simbolismo. En la jornada del encuentro entre el señor Tarradellas y el señor Sánchez Terán, en París, para negociar una nueva humillación a la unidad nacional. En el marco de los trajines últimos del presidente y el vicepresidente primero del Gobierno, en las carísimas aguas de la Costa Brava, más caras aún para las arcas públicas.

Lo de menos es el valor material de lo robado. Lo importante del tesoro de la Cámara Santa de la catedral de Oviedo, residía en su formidable valor espiritual y en su significado histórico para el entendimiento de España. En cuanto español y católico me importan muy poco las piedras preciosas, el oro y la plata que hayan podido llevarse los ladrones. ¿O algo más que simples especialistas del hampa en piezas histórico-artísticas? Lo que verdaderamente me conmociona de ese expolio, es precisamente aquello que parecía molestarle a una serie de sacerdotes, cuya dimisión ante las tentaciones mundanas tratan de disimularla bajo la ancha capa de las presunciones «progresistas».

El tesoro de la Cámara Santa de Oviedo era, antes que nada, un tesoro espiritual e histórico. Era el símbolo del durísimo y secular proceso histórico de la gestación de la conciencia nacional española, que Sánchez Albornoz ha descrito e ilustrado con tanta precisión. En Oviedo, en definitiva, unos delincuentes han robado una expresión excepcional, una reliquia fantástica del ser profundo de España.

Existe en marcha desde hace tiempo un plan sistemático encaminado a destruir los valores esenciales de la conciencia nacional española. Y de aniquilamiento de sus símbolos. Esa es la causa fundamental de que durante estos años hayamos asistido a un empeño desmesurado de aniquilamiento, incluso desde la propia Iglesia-Institución, de las formas espontáneas de manifestación de la fe popular. Hasta se ha llegado a la extrema desfachatez de justificar esa pretensión en la presunta dimensión pagana de las más genuínas expresiones religiosas del pueblo. También de ahí provienen otros mecanismos, entre ellos la brutal campaña de difusión de la pornografía y de estímulo a los más bajos instintos. Se pretende convertir al español en un estúpido consumidor de bazofia. En una especie de subnormal, insensible ante la corrupción de sus valores esenciales y la destrucción de su propio sentido histórico. Todo eso, en definitiva, que simbolizaba el tesoro de la Cámara Santa, cuya destrucción ya se intentó por las organizaciones marxistas en 1934 y en 1936.

La Cruz de la Victoria, máximo símbolo del profundo sentido religioso del ser de España, ha sido expoliada precisamente cuando el Gobierno prepara la dimisión del sentido de la soberanía nacional ante un fantoche político llamado Tarradellas, ¿Quién es este personaje, recibido en los palacios de Madrid como si fuera el mismísimo hermano de Napoleón Bonaparte? ¿El presidente de la Generalidad? ¿Pero es que existe la Generalidad? Si la Generalidad es admitida por el Gobierno como existente y como realidad política admisible, debe aceptarse entonces que persiste también la legitimidad constitucional de la II República. Ha sido escrito semanas atrás en las páginas de «ABC» con lujo de citas y he de recordarlo por la validez del alegato. Aquella ilustración erudita de Derecho Constitucional, que el colega de la mañana debería reiterar mañana mismo, sirve para justificar una dramática presunción: si el Consejo de Ministro reconoce por Decreto-Ley, según se afirma, la existencia de la Generalidad, con sus restantes atributos, y con Tarradellas. Como remate de la tarta, el Gobierno habrá negado la legitimidad de la Monarquía. La Generalidad, no se olvide, fue una instauración resultante de la Constitución de la II República. El señor Suárez y el señor Gutiérrez Mellado deben ser conscientes de la entidad del paso que parecen propiciar y de sus consecuencias. Incluso de las reacciones que puedan desencadenar en defensa de la unidad de España.

Ante esta realidad, carecen de mayor importancia otros temas de la jornada. Incluso la mayor de las simplezas dichas por el ministro de Hacienda ante el Parlamento de los votadores: «Necesitamos esta reforma fiscal para empezar a ser un país moderno». ¿Qué cree el señor Fernández Ordoñez que es la modernidad? ¿Qué cree el señor Fernández Ordoñez que hemos estado haciendo millones y millones de españoles durante los veinte años en que él, además de funcionario de Hacienda, ha sido miembro de la clase dirigente del franquismo y se ha hecho una fortuna nada desdeñable? ¿Acaso la modernidad consiste en tener sociedades a medias con el diputado comunista señor Tamames? El ministro de Hacienda ha justificado la bondad de la reforma en que sus más agresivas creaciones están ya instauradas en Suecia, Alemania, Dinamarca, Gran Bretaña, Holanda, etc. Es un dato a tener en cuenta.

La reforma fiscal era necesaria desde hace tiempo. Y aunque ahora pueda molestar al señor Fernández Ordoñez el reconocimiento de su papel de segundón, es lo cierto que el proyecto de Ley ha podido concretarse con rapidez porque todo lo tenía ya atado y bien atado el profesor Fuentes Quintana. ¿O no se tomó el señor Fernández Ordoñez la molestia de leerse una de las «libretillas» del profesor Velarde, con el guión del informe de Fuentes Quintana para el señor Monreal, que constaba de cuatro gruesos tomos mecanografiados?

La reforma fiscal valdrá en tanto esté hecha para españoles y de acuerdo con las especiales circunstancias de la realidad española y las características del pueblo que habrá de soportarla. Lo de los suecos, no significa nada. O acaso demasiado. Pues como me decía un colega escandinavo durante una larga tertulia en la Stampa Estera: «Cuando las españolas se ponen a imitar a las suecas, se convierten en unas vulgares fulanas».

La imagen sirve también para la política. Es posible que ahí resida la explicación del robo doblemente sacrílego de la Cámara Santa: determinados símbolos son inconsuetos cuando se destruye todo aquello que representan.

Ismael MEDINA